ra Jalapa, y embarcáronse el 9 de abril siguiente en el navío de guerra "América".

Aunque los Condes de Revillagigedo reunieron un gran caudal, al grado de que para cargar su equipaje, necesitáronse más de doscientas mulas, la sabia administración del Virrey fué de mucho provecho para la colonia; y su esposa, entre otros rasgos de desprendimiento, regaló al Sagrario la mejor de sus estufas, para que sirviera para llevar el Viático a los enfermos.

X

LA MARQUESA DE LAS AMARILLAS

Don Agustín de Ahumada y Villalón tuvo por esposa a su sobrina doña Luisa María del Rosario de Ahumada y Vera, en su propio derecho Marquesa de las Amarillas (1), dama en alto grado afecta a la ostentación y al lujo. Nombrado cuadragésimosegundo Virrey de la Nueva España, se embarcó con su mujer en Cádiz, y

(1) Castro Santa Anna la denomina "Doña Merced Luisa de Bruna y Ahumada", pero, según la irrefutable autoridad de Fernández de Bethencourt, llamábase María del Rosario de Ahumada y Vera, y era hija única del primer Marqués de las Amarillas, don Francisco Pablo de Ahumada y Mendoza, Villalón y Narváez y de doña Catalina de Vera y Leyva.

en el navío "America", el 4 de agosto de 1755. Don Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, que formaba parte del séquito, escribió una relación del viaje en pésimos versos, que hizo imprimir más tarde en México, con el título de "Diario Notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas", y por dicha obra sabemos que el día 14 llegaron a Canarias, y cinco después, decidieron los marineros hacer una fiesta en honor de los Marqueses, y vistióse uno de ellos de Neptuno, pero ni éste ni los doce de su comparsa

"hicieron cosa que notable fuesse,
ni que con gracia alguna divirtiesse".

Más afortunadas estuvieron las damas y los pajes de la Marquesa el día 25, cuando representaron con buen éxito un entremés, un paso de comedia y una loa, escrita ésta expresamente por un Padre Ronda, que se hallaba a bordo. Procuraban, pues, aminorar el tedio de tan largo viaje con fiestas semejantes, pero la dama sufría contínuamente "muchíssimo mareo".

El 5 de septiembre avistó el "América" la Isla del Tabaco; el 14, con un calor sofocante, arribó a Cuba; el 22 pescaron los marineros "her-

mosos pargos, lindos meros", y, por fin, el 30 se divisaron las playas de la Santa Veracruz. Al aproximarse a tierra, fué saludado el "América" con salvas de artillería por el fuerte de San Juan de Ulúa y el "Asia" y el "Bizarra", dos navíos de la escuadra de barlovento. Estaban ya para desembarcar los pasajeros, cuando se desató furioso vendaval que por poco no echó a pique al Virrey y a toda su comitiva, pero como a las cinco de la tarde, logró el bote del "Asia" conducirlos a la soñada tierra de la Nueva España.

Participó la Virreina de todas las ceremonias de recepción que a su marido tributaron las ciudades de Veracruz, Tlaxcala y Puebla, así como la Colegiata de Guadalupe. Por cierto que era de rigor que la Virreina entrase en ésta por la puerta del Poniente, pero la Marquesa, según el Maestro de Ceremonias, "vino violenta y no dió lugar a entrar" por allí, sino por la del Oriente. La recibieron cuatro sacerdotes con sobrepellices, y la condujeron al Presbiterio, en donde se le había dispuesto, del lado de la Epístola, un cojín. Decidió la Amarillas transladarse inmediatamente a la Capital, sin esperar a hacerlo en compañía de su marido; y partió para México, con gran acompañamiento de damas y caballeros de distinción, escoltada por un piquete de caballería,

a las órdenes de un capitán apellidado Velázquez; fué saludada con salvas de artillería y repiques, y acudieron a recibirla al Real Palacio, las esposas de los Oidores y Regidores, "quienes la cortejaron".

Desde el principio de su gobierno, menudearon saraos en palacio y fiestas al aire libre, como eran animados paseos "al ameno y delicioso sitio de la Orilla (la Viga)", y en canoas enfloradas a Ixtacalco, amén de serenatas en la plaza mayor.

El 1o. de diciembre de 1755 —dice Castro Santa Anna—, a la primer noche, frente del tablado de SS. EE. se construyó otro que ocupaban los más diestros músicos de esta ciudad, con todo género de instrumentos, tocando varios y exquisitos conciertos: hallábanse todos los tablados iluminados; ocuparon el suyo SS. EE., muchas señoras, personas de distinción y todo género de gentes de distintas clases; duró este festejo el espacio de más de tres horas; no se permitió entrar en la plaza coches ni gente de a caballo, por evitar desgracias; tenía muchas teas que le adornaban".

No se olvidó, sin embargo, la Marquesa de las Amarillas de hacer obras de caridad: "Pocos días antes de las próximas Pascuas —dice Cas-

tro Santa Anna—, la Excma. Señora Virreina en su palacio vistió de todo lo necesario a quince niños españoles pobres a quienes después dió de comer, ministrándoles personalmente las viandas y dándoles luego un doblón a cada uno de ellos".

Pero en febrero de 1756, el hijo único de los Virreyes, don Agustín de Ahumada y Ahumada, quien tenía sorbido el seso a sus padres, al grado de que, a pesar de contar sólo dos años de edad, había sido nombrado capitán de la guardia de infantería del Real Palacio, cayó víctima de un ataque, y la atribulada Virreina acudió, "con los familiares que llevaba y veintidós pobres que juntó", a la iglesia de Monserrat, a impetrar el auxilio divino; y al regreso dió más de cien pesos de limosnas a los que la acompañaron. Mas no quiso Dios que el niño sanara, y el 1o. de marzo falleció, "moviendo a general sentimiento a todos los moradores de esta ciudad la temprana muerte de este caballerito, por lo que por sus gracias y hermosura se merecía".

Abandonaron los Virreyes la capital y transladáronse al Palacio del Arzobispo en Tacubaya, con el fin de no presenciar las tristes ceremonias del sepelio de su hijo, que principiaron al día siguiente, colocándose en la capilla del Real Palacio una cama con colgaduras de damasco carmesí y sobre ella el pequeño ataúd forrado de terciopelo nácar, guarnecido de franjas de Milán, y cuya tapa, cantoneras y tachuelas, eran de plata amartillada. Servíale de mortaja un hábito de monje benito, pero adornaban el severo sayal ricos ahogadores de diamantes, "siendo la guirnalda de los más costosos brillantes".

Concurrió gran gentío a ver el cadáver, y al llegar la noche, se dispuso que se transladara al convento de Santo Domingo, yendo por delante la caballería con espada en mano, después la nobleza, familia de los Virreyes y parte de la comunidad de dominicos, hasta alcanzar el número de ciento cincuenta, todos con hachas encendidas. El ataúd era llevado en hombros por cuatro niños títulos y seguían otros tantos pajes, que portaban en la tapa de aquél el espadín, sombrero y bastón del difunto. Seguía la estufa principal del Virrey y a la retaguardia la infantería del Real Palacio.

Tan luego como llegó el fúnebre cortejo delante del convento de Santo Domingo, tañeron las campanas y salió el resto de la comunidad a recibir el cadáver, el cual colocaron en la sala principal del monasterio sobre una cama parecida a la de la capilla de Palacio. Allí veláronlo

toda la noche, y a la mañana siguiente concurrieron las religiones de San Hipólito, Betlemitas, San Juan de Dios, Jesuítas, Mercedarios, Carmelitas, Agustinos, Dieguinos y Franciscanos, quienes entonaron el salmo "Laudate pueri dominum".

Llegados la Real Audiencia, el Arzobispo y el Deán y Cabildo, "dió principio el entierro, yendo por delante las parcialidades de San Juan y de Santiago (1), con sus gobernadores, alcaldes y repúblicas, el colegio de niños de San Juan de Letrán, la cruz de la santa Iglesia, con cien acompañados, niños, infantes, música de la capilla, sus capellanes de coro, curas del Sagrario y sus parroquias, venerable Deán y Cabildo, S. Ilma. de medio pontifical, el cuerpo, a quien cargaban, alternándose, real audiencia y tribunales; seguía la infantería, real tribunal del protomedicato, el del consulado, real Universidad, nobilísima ciudad con títulos y nobleza, tribunal de

(1) "Cuando se reedificó la Ciudad de México después de la Conquista, se colocaron en el centro las casas de los españoles, y los indios levantaron las suyas al rededor de aquellas. Esta población india se dividía en cuatro barrios, o "parcialidades", regidos por caciques de su nación, sujetos a un gobernador de la misma. Los barrios principales eran San Juan y Santiago". **(García Icazbalceta).** Las armas de la Parcialidad de San Juan eran: de oro, un águila de sable, acolado el escudo a la cruz de San Juan; y las de Santiago: de sable, un águila de plata, acolado el escudo a la cruz de Santiago.

la caja, contadores de tributos y alcabalas, señores fiscales, real sala del crimen, señores oidores con su decano, yendo en medio los señores coroneles don José Basarte, presidente de la real audiencia de Guadalajara, y don Felipe Caballero, secretario de S. E., quien llevó el lugar de doliente". Salió el cortejo por la portería del convento, atravesó su extenso cementerio y penetró por la puerta principal de la iglesia, en la que esperaban ya las comunidades y los colegios.

Colocóse el cadáver sobre un túmulo de cinco cuerpos con colgaduras de damasco carmesí y galones de oro, al que alumbraban cien cirios de "cera de Castilla"; duraron las honras fúnebres más de dos horas, y al ser sepultado el pequeño Ahumada en la bóveda principal de la iglesia, tañeron las campanas de todos los templos y se hicieron prolongadas salvas de artillería.

La pérdida de su hijo hizo que aumentaran las pruebas de afecto que daba la sociedad a los Virreyes y acudía gran concurso de gente al Palacio de Tacubaya a darles el pésame; pero ninguna fué tan peregrina como la del alguacil mayor de la ciudad de México, don José Alvarez de Eulate, y su mujer, doña Andrea de Anaya, quienes hicieron donación "inter vivos" de todo su caudal a los Marqueses, donación que a la postre

002740

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

no fué aprobada por el Consejo de Indias, viéndose los Virreyes en la bochornosa necesidad de devolver a los esposos Eulate los bienes que les regalaran.

No mucho duró el pesar de los de las Amarillas, pues al poco tiempo emprendieron de nuevo los días de campo a San Angel y San Agustín de las Cuevas, así como las visitas a los conventos, en donde eran recibidos bajo palio y obsequiados con largueza; y un buen día —el 9 de octubre de 1756—, asombráronse los habitantes de la metrópoli al ver que salía "del Real Palacio para el campo, la Excma. señora Virreina a caballo, tocada de Gudriel, con sombrero, corbatín, camisón, chupa, andriel y talas", y montada como hombre, aunque no se le veía el pie en el estribo. Acompañábanla muchas personas de distinción, su caballerizo, cuatro soldados, su estufa y el coche de cámara con los caballeros pajes.

Esta primera salida a caballo de la Marquesa de las Amarillas, llamó mucho la atención del público "respecto a no ser practicable entre las señoras de estos reinos", pero de ahí en adelante fueron muy frecuentes los tales paseos, dirigiéndose casi siempre la comitiva al bosque de Chapultepec, y de allí, por la calzada de la Verónica,

a alguna casa de campo de la Tlaxpana, en donde se servía un excelente refresco.

A consecuencia de un ataque de apoplejía, falleció el Virrey en Cuernavaca a principios de 1760, y su viuda, encontrándose sin elementos, tuvo que acudir a la generosidad del Arzobispo de México, don Manuel Rubio y Salinas, quien le proporcionó los medios para regresar a España, en donde, años más tarde, contrajo segundas nupcias con el Caballero Maestrante de Ronda, don Francisco de Giles, y falleció muy anciana en Sevilla, a 10 de diciembre de 1791.

Sucedieron al Marqués de las Amarillas, don Francisco Cagigal de la Vega, casado con doña María de Monserrat; don Joaquín de Monserrat, Marqués de Cruillas, con doña María Josefa de Acuña, hija del Marqués de Escalona; el Marqués de Croix, soltero; don Antonio María de Bucareli, lo mismo; y don Martín de Mayorga, cuya esposa, doña Josefa Valcárcel, según parece, no vino a México.

XI

LAS GALVEZ

Siempre que iba a celebrarse un "Auto de